

Los sabios y la guerra

Es sabido que Adolfo Hitler reunió en Múnich la flor y nata de los sabios alemanes, desde los geopolíticos hasta los diseñadores de minas. Todo aquel que era capaz de producir algo para la defensa o el ataque del Gran Reich Alemán, tuvo allí su puesto. Porque los sabios, generalmente tan poco apreciados en tiempos de paz, tienen un inmenso precio en tiempo de guerra, sobre todo si su ciencia es una ciencia activa, capaz de producir algo de la misma índole. Haber, químico judío-alemán, inventó durante la guerra de 1914-18 el método que permitió a los alemanes obtener el salitre sintético, y Hitler, que sin duda lo sabía, aunque no tenía ningún espíritu científico se cuidó mucho de molestar a los hombres de ciencia, por lo menos a los que no eran judíos.

Inglaterra, por su parte, ha hecho lo mismo: los sabios ingleses ~~de otras nacionalidades~~ han trabajado duramente, descubriendo y realizando todo aquello ~~que estuvo al alcance de su inteligencia~~ y de sus manos, y que sin duda fué mucho más de lo que sabemos y de lo que nos imaginamos. Esos sabios realizaron numerosas reuniones y trataron en ellas todos los temas que tuvieran relación con la guerra. Comisiones de sabios trabajaron como observadores y cooperadores en la industria de guerra y hasta llegó a hablarse de la necesidad de reglamentar la labor, los deberes y los derechos de esas comisiones y de esos sabios (algunos de ellos no se mostraban conformes con su condición y exigían mayores atribuciones, cosa que, al parecer, no parecía bien a los políticos y a los militares). No es de dudar que el éxito de las armas aliadas se haya debido en gran parte al genio inventivo de esos sabios.

Pero, como decía la otra, la guerra es la guerra; una vez terminada, cada mochuelo volverá a su olivo: los gobiernos a su política de grupo y los sabios a su desolada especialidad. Su utilidad social habrá desaparecido. Lo cual es un grave error: son los técnicos y los sabios y no los

terratenedores, los banqueros o los capitanes de industria, los que debieran dirigir la vida de los pueblos, por lo menos en lo que dice relación con la higiene, la economía y la educación. Los políticos y demás actuales dirigentes podrían dedicar su genio a la organización de los deportes colectivos, como el fútbol, por ejemplo, o el palitroque.

Pero, claro está, todas estas son ilusiones. Los sabios volverán a su soledad y los políticos a sus enredos. Hasta que reviente otra gorda.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©